



L buen Dios se paseaba por un cielo adoquinado de cúmulos, reflexionando gravemente.

La alegría, la ingenuidad y la pureza han desaparecido del mundo. El cine es prueba de ello. Se ha llegado al extremo de que el representante de la pureza y la sana risa humana sea ahora un animal: el ratón Mickey. Yo, como Mr. Walt Disney, tendría que crear en este siglo veinte una criatura que llevara ingenuidad al mundo, alguien que fuera mensajero de alegría divina para que los hombres, cansados de crisis, maquinismo y temores de guerra, sonrieran al mirarla olvidando sus padecimientos. ¡Ah!, si yo tuviera un artista como...

Y aquí, el buen Dios, poseído por una súbita y genial idea, lanzó una alegre carcajada a lo Frank Mac Hugh.

—¡He ahí la solución! Hijos míos — preguntó, dirigiéndose a varios ángeles que estaban regando con agua azul las rosas blancas de las estrellitas, — ¿quién de ustedes conoce bien Hollywood?

—Yo, Señor — afirmó un ángel yankee, una rubia y encantadora extra que había fallecido de hambre.

—Bien, miss Sullivan; vaya usted a Hollywood y tráigame inmediatamente a Mr. Walt Disney.

—O. K.!

Y el ángel rubio, que en vida había hecho infinitad de travesuras en las cómicas Splendid, se deslizó a horcajadas sobre un rayo de luna, como por el pasamanos resplandeciente de una escalera, hasta el lecho donde Mr. Walt Disney dormía enfundado en un pijama gris con alamares negros; sacó, con habilidad de prestidigitador, el cuerpo astral del dibujante que salió vestido, como es lógico, con un pijama astral también gris con alamares negros, y llevó volando a Mr. Walt Disney ante el buen Dios.

—Pero yo no tengo colores, ni papel, ni pinceles! — arguyó desesperado Mr. Disney cuando el buen Dios le dijo lo que deseaba que dibujase: una criatura extraordinariamente buena y simpática, rubia y hermosa, que después, desde la pantalla, difundiría alegría, ingenuidad y pureza por el mundo.

—¡Oh!, si es por eso... — replicó el buen Dios. Y disponiendo con un amplio ademán la salida de un arcoíris dió al dibujante la paleta curva y fantástica; varios ángeles ofrecieron algunas plumas blanquísimas para mojar en los divinos colores, y otro ángel trajo volando un trozo de clara cartulina hecho con un retazo cortado a un alba que en aquellos momentos asomaba en París. Y Mr. Disney, sentándose en el confortable sillón pullman de una nube, pintó la niña rubia más hermosa que pueda imaginarse: sonrisa encantadora, hoyuelos en las mejillas y rulos dorados.

—¡Magnífico, Mr. Disney! — exclamó alborozado el buen Dios. — Ahora dibuje usted una cigüeña.

Y Mr. Walt Disney dibujó una estupenda cigüeña. Entonces el buen Dios dispuso que saliera la luna llena, cortó un cuadrado de claro lunar haciendo el pañal más bello y blanco que se haya visto, y dando vida a los dos dibujos, envolvió en el pañal a la niña dormida y suspendió el pañal del pico de la gigantesca cigüeña. Elegió después un hogar norteamericano bueno y honesto, y mostrándoselo al ave, le indicó que bajara volando hasta él. La cigüeña, como en una sinfonía tonta, voló y voló hasta llegar al techo de la casa elegida, que era la de un empleado bancario llamado George F. Temple, y dejó caer por el amplio hueco de la chimenea su divino envoltorio que, descendiendo con dulzura, llegó hasta una habitación donde se desató despertando la niña, que reía alegremente. Mr. y Mrs. Temple, que estaban durmiendo, fueron atraídos por la sonora risa, descubrieron el milagro, como personas sencillas lo aceptaron dando gracias al buen Dios, y adoptaron con el nombre de Shirley a la niña rubia y alegre caída del cielo.

fantasía de  
Raúl Casañas

Así nació Shirley Temple, y todo lo que se diga en contrario es fantasía de los estudios o vanidad explicable de sus tutores — me dijo después de contarme esta historia el ángel que a veces me visita después de medianoche. Y me pidió que no contara a nadie su revelación, porque todo esto es un secreto, no de Estado, que es cosa grave, sino de cielo, que es más grave todavía. Pero como la historia es tan bella y sé que todos ustedes aman como yo a Shirley, no he podido resistir a la tentación de hacerla pública para que el mundo sepa que Shirley Temple es de origen irreal.

ilustración de  
Amanda Lucía